

# La leyenda *La mora del Puente de Chaves*

ARMINDO MESQUITA

Universidade de Trás-os-Montes e Alto Douro, Portugal

*No meio de uma nação perdida, mas rica de tradições,  
o mister de recordar o passado é uma espécie de ma-  
gistratura moral, é uma espécie de sacerdócio.*

Alexandre Herculano

Desde tiempos inmemoriales el hombre ha sido seducido por las historias de transmisión oral que, de un modo simbólico o realista, directa o indirectamente, le hablan de la vida o de la condición humana, ya sea que estén relacionadas con los dioses, ya con los mismos hombres.

La justificación de esta fascinación está en el individuo que, desde siempre, “ha sentido la presencia de poderes mucho mayores que su propia voluntad y poder personal o de misterios que lo rodeaban sin que su mente consiguiese explicar, conocer o comprender” (Coelho, 1991: 10).

La leyenda, como arte verbal de la literatura oral tradicional, ha permitido que principios, actitudes y comportamientos sostenidos por colectividades, como patrimonio literario y cultural, fuesen transmitidos de generación en generación como herencia de su identidad, lo que ha garantizado la continuidad del legado cultural a las generaciones futuras.

Las formas narrativas de la literatura oral tradicional (cuentos, leyendas y mitos) expresan la concepción del mundo compartida por los miembros de una comunidad y sirven para reforzar la solidaridad social y la cohesión moral del grupo. La leyenda se basa en ingenuas conjeturas, sin pruebas que se demuestren con hechos o con documentos irrecusables, llenando páginas y páginas en la literatura de todos los pueblos y, alegres o tristes, empeñándose en la dicha o siendo profundamente trágicas, tienen siempre un perfume de poesía.

En el campo de la literatura oral tradicional, la leyenda es “una narración en la que un hecho histórico aparece transformado por la imaginación popular” (Reis y Lopes, 2002: 224). En otras palabras, la leyenda es, entonces, una narración popular inspirada en acontecimientos verdaderos transformados por la imaginación o por la tradición. Sus héroes son siempre personas consagradas en la historia de un país, de una ciudad, o en las diversas religiones. No se trata “de una reconstrucción objetiva y ‘documental’ de un hecho ocurrido en un pasado remoto, sino de una narración de carácter ficcional, transmitida de generación en generación” (Reis y Lopes, 2002: 224), o, como bien dijo Gentil Marques, “¡pasan los años, soplan los vientos, cae la lluvia, se deshacen las tierras, mueren las personas, se transforman los nombres y los caracteres, pero las leyendas permanecen!” (1997: 5).

En un primer momento, se supuso que las leyendas serían narraciones colectivas, como una recopilación general de varias versiones sobre el mismo tema. No obstante, estudios más profundos y acertados sobre el asunto permiten concluir que, en general, tuvieron siempre origen individual, porque alguien empezaba a contar un episodio al que había asistido o del que había sido protagonista. Después, el relato iba cogiendo nuevos elementos por el camino y, muchas veces, presentaba alteraciones notables de narrador en narrador y de generación en generación. Sin embargo, conviene referir que, y esta es la regla de oro, lo esencial es mantener el tema, pues la leyenda tiene valor por el tema y no por la forma en la que está contada.

Las leyendas constituyen la historia de un pueblo y, tomando como ejemplo los poemas legendarios de Homero, para nosotros, sirven como visión de un pasado que quedó muy lejos para que tengamos conocimiento exacto de él, pero para la antigüedad, esos poemas representaban la propia historia. El mismo Homero desarrollaba y embellecía, a su modo, el tema real de cada historia. El contenido de la leyenda, aunque sea un relato sencillo, ingenuamente inquietante y encantador, es profundo, porque, en su esencia, constituye el anhelo espiritual del hombre al intentar conocer y dominar los misterios del universo, y es el eco de sus angustias, de sus problemas y de sus interrogantes.

Las leyendas son lecturas que debían ser hechas y contadas después a los otros. Con el paso del tiempo, se empezaron a destacar las lecturas

de vidas y hechos excepcionales, en los que existía siempre algo maravilloso; esta se considera hoy su principal característica. Al igual que el cuento, la leyenda es un producto de la imaginación de los pueblos, que tiene su fundamento en algún acontecimiento impresionante e insólito. La leyenda se diferencia de los cuentos por tener una base, aunque frágil, de realidad; es decir, contiene mayor índice de verosimilitud, porque está adscrita a un espacio geográfico y a una determinada época, lo que no ocurre con los cuentos, que están situados en un espacio y en un tiempo indeterminados.

La leyenda suele localizarse en un castillo, en un monte, en un riachuelo o en un bosque. Tiene pretensiones históricas, aunque, a veces, se forme alrededor de un hecho conocido del cual los pormenores reales se perdieron en la memoria del pueblo y han sido sustituidos por otros fantásticos. Lo que se comprueba es que, con el tiempo, el fondo real del hecho se va diluyendo y los pormenores olvidados van siendo sustituidos por otros, originando un producto medio real, medio fantástico. De ahí que una de las características fundamentales de este género sea la posibilidad de estar localizado en el espacio y en el tiempo, revelando un estadio de cultura específico, un carácter étnico o regional, fruto de la (re)invención y modelación de los temas.

Las características clásicas de las leyendas son: el fondo auténtico, la verosimilitud, la localización, la época, lo maravilloso popular o pagano, lo maravilloso cristiano y la autenticidad (garantizada por las cuatro primeras circunstancias / condiciones).

Las leyendas de fondo portugués, además de constituir una herencia riquísima del pasado lusitano, despiertan gran curiosidad en el pueblo e interés en el investigador, en el etnólogo o en el folclorista. Ejemplos de ello son las leyendas de moras encantadas. La región de Trás-os-Montes y Alto Douro aún es un espacio favorable para la producción y la permanencia de un arte de la memoria, testimoniada en algunos géneros o formas de la literatura popular.

Chaves, situada en el distrito de Vila Real, región de Trás-os-Montes y Alto Douro, es una ciudad llena de historia, de monumentos y de leyendas que la alimentan. Está situada en el centro del Valle del Tâmega, que popularmente se llama "vega", y se erige en la margen derecha del río Tâmega. Sede de un municipio principalmente rural, el origen remo-

to de Chaves nos lleva hasta la prehistoria, pues existe documentación y todo un conjunto de vestigios que confirman su poblamiento en los períodos Neolítico y Calcolítico, así como en la Edad de Hierro. De estas épocas son ejemplos visibles las zonas arqueológicas de Mairos, Pastoria y Outeiro Machado.

Desde el Imperio Romano, Chaves, bautizada por los romanos como *Aquae Flaviae*,<sup>1</sup> es muy famosa por sus balnearios y por los monumentos que los acompañaron. De estos monumentos, el más grande y más conocido, que ha llegado hasta nuestros días, es el célebre y majestuoso Puente de Trajano,<sup>2</sup> que sirve de escenario a la leyenda de *La mora del Puente de Chaves*, bajo cuyo tercer arco quedó una mora encantada.

### *La mora del Puente de Chaves*<sup>3</sup>

En el tiempo en que los romanos ocuparon el castillo de Chaves, cercano al puente romano, su gobernador tenía un hijo llamado Abed y una sobrina, cuyo nombre se perdió con el transcurrir de los siglos.

Abed se enamoró de su prima, una doncella muy hermosa y muy educada, y pretendía casarse con ella. Ya estaba fijada la fecha de la boda, hechas las invitaciones y los preparativos para el esperanzador enlace.

Pero, en vísperas del fastuoso acontecimiento, el castillo fue invadido y tomado por un grupo de pundonorosos soldados lusitanos, mandados por los célebres hermanos Lopes, que mataron al gobernador, expulsaron al hijo Abed y retuvieron cautiva a la hermosa morita que, durante mucho tiempo, no hacía sino llorar la pérdida de su amado.

Pero, poco a poco, lo fue olvidando y se dejó atraer por el más joven de los Lopes, airoso y gentil, que se enamoró de ella y la llevó al altar.

Vivieron así muchos años, enamorados y felices, en una continua luna de miel que parecía no tener fin. Pero un día, en ausencia del joven guerrero, apareció en la puerta del castillo un mendigo andrajoso pidiendo

---

<sup>1</sup> Así la bautizó Flavio Vespasiano en 78 d.C., cuando llegó allí su ejército, atraído por los yacimientos auríferos de la Sierra de la Padrela.

<sup>2</sup> El Río Támea está atravesado por el famoso Puente Romano de Chaves, construido en tiempos del Emperador Trajano; es considerado monumento y patrimonio nacionales.

<sup>3</sup> Versión registrada por Joaquim Alves Ferreira (1999: 39-41).

limosna. Salió la mora, que era muy amiga de los pobres, para echarle en el saco pan de centeno y algunas monedas. Pero, cuando extendió la mano, el mendigo se la apretó con mucha fuerza y le dijo con rabia:

—Mujer infiel y renegada, que me traicionaste, cambiándome por otro, y traicionaste el Corán, cambiándolo por el Evangelio de los cristianos, vas a recibir el merecido castigo de tu traición. Quedarás encantada debajo del tercer arco del puente, hasta que algún caballero valiente vaya allí a desencantarte con un beso.

Dicho esto, el mendigo se retiró y la mora desapareció misteriosamente, dejando a las ayas intrigadas, y se sumergió misteriosamente en las aguas, debajo del tercer arco del puente romano.

Cuando el marido llegó a casa y se enteró de la desaparición de la esposa, se puso a buscarla por todas partes, pero todos sus intentos fueron infructuosos: nadie la había visto, nadie sabía nada.

Entonces, perdida la esperanza de encontrarla, empezó a debilitarse, que daba pena verlo en aquel estado lastimoso: dejó de hablar, dejó de comer y allí murió de pasión y disgusto.

Sin embargo, la mora, también rodeada de nostalgia y tristeza, presa de su encantamiento, pasaba los días llorando y las noches suspirando y gimiendo. Sus lágrimas hacían aumentar la corriente del río. Sus suspiros se mezclaban con el oleaje lóbrego de las aguas, y sus gemidos con el croar triste de las ranas. Y no decía ni una sola palabra. Solo en las noches de san Juan suspendía sus gemidos e interpelaba a los transeúntes que pasaban por allí a medianoche, suplicándoles que la desencantaran.

Las personas que pasaban por allí en esa noche y a esa hora, al oírla, huían corriendo muy deprisa, creyendo que se trataba del diablo o de alguna alma en pena. Pero, en una de esas noches, por casualidad pasó por allí un valiente caballero que, escuchando su suave voz de sirena melancólica, en lugar de huir como los otros, paró súbitamente su caballo, bajó rápidamente, se inclinó sobre la barandilla del puente y preguntó:

—¿Quién está ahí?

La pobre mora respondió en un tono dolorido y suplicante:

—Soy yo, una mora desgraciada, que estoy aquí encantada, esperando que alguien me desencante.

—¿Y qué hay que hacer?, preguntó el caballero.

—Solo esto: darme un beso en la mejilla.

El joven caballero, que no creía ni en las artimañas del diablo, ni en manifestaciones de almas en pena, ya se disponía a bajar al río para satisfacer aquella petición, cuando de repente se acordó de que se trataba de

una mora, de una persona que no estaba bautizada. Y temiendo perder el alma e ir a parar al infierno por culpa de una persona que era enemiga de su fe, desistió, volvió a montar en su brioso caballo y nunca más pasó por allí a medianoche.

Y por eso, la desdichada mora continúa allí y continuará para siempre, debajo del tercer arco del célebre puente romano, llorando en silencio, durante el día, con la corriente de las aguas; gimiendo, durante la noche, a través de la voz triste de las ranas y lanzando sus conmovedores llamamientos, que ya nadie oye, a causa del ruido de los motores, en las largas noches de san Juan.

La versión de esta leyenda está bastante completa, porque, en su organización, tiene tres partes lógicas bien definidas: introducción, desarrollo y conclusión. En la introducción somos llevados "a la época en que los romanos ocuparon el castillo de Chaves". Para ser aún más precisos, Joaquim Alves Ferreira nos da la exacta localización del castillo, que quedaba "próximo al puente romano", o sea, se nos informa del espacio donde la acción se inicia. El desarrollo de la historia nos relata la expulsión de los moros, porque el "castillo fue invadido y tomado por un grupo de briosos soldados lusitanos, mandados por los célebres hermanos Lopes".

Por otro lado, es interesante destacar el hecho de que la aparición de Abed, disfrazado de mendigo, coincide con la ausencia del "joven guerrero" lusitano y cristiano. Es también curioso comprobar que, a medida que la acción avanza, hace una caracterización directa del personaje, relatando algunos de sus rasgos físicos y psicológicos.

El destino, es decir, el castigo de la doncella, presagiado por el mendigo (Abed), fue su encantamiento "debajo del tercer arco del puente", hasta que un caballero valiente la desencantase con un beso. Esta descripción ya forma parte de la conclusión de la leyenda, porque en ninguna de las noches de san Juan, momento propicio para el desencantamiento de moras (encantadas), ningún caballero cristiano se sintió atraído por la voz suave de la mora, para darle el beso que la liberara de aquel pesado destino. Así, la mora continúa prisionera de su encantamiento, "envuelta en nostalgia y tristeza" por el marido que había muerto de pasión y de tristeza o por la pérdida de su primer amado, "pasando los días llorando y las noches suspirando y gimiendo".

Este relato de la literatura oral tradicional nos presenta un hecho histórico transformado por la imaginación popular, porque las características canónicas prueban su autenticidad. Sin embargo, el pueblo lo transformó en un relato de carácter funcional, porque, a pesar de la base histórica que contiene, donde revela el coraje y la valentía de nuestros antepasados lusitanos, lo transformó con la intención de servir de vehículo de transmisión de valores éticos arraigados en esas comunidades a las generaciones venideras.

En este episodio legendario, el pueblo, con su imaginación y sabiduría, consigue transmitirnos los valores primordiales que gobiernan el espíritu humano y la sociedad en la que está incluido: el amor, la fidelidad, la honra, la religión y, además, la traición, el castigo y la tentación.

En el análisis del relato, en relación con los elementos que pertenecen al universo real, se comprueba que es una leyenda bastante verosímil. De hecho, la leyenda hace referencia a la ciudad de Chaves y a su castillo, al puente romano, al paso de los moros por esta ciudad y además a los hermanos Lopes, elementos y hechos que forman parte de la historia y de la cultura portuguesas.

Otro aspecto que hay que tener en cuenta son los elementos simbólicos en ella implícitos, las funciones que desempeñan y su pertinencia para el desarrollo de la misma acción.

Un elemento simbólico es el número dos y tiene que ver con los personajes, pues a lo largo de la leyenda se nos informa que “en el tiempo en que los romanos ocuparon el castillo de Chaves [...] su gobernador tenía un hijo” y que en las vísperas de la boda de Abed con su prima, el castillo fue invadido y tomado por soldados lusitanos “mandados por los célebres hermanos Lopes”.

En primer lugar, comprobamos la oposición entre dos caballeros, los hermanos Lopes, y dos moros, Abed y el padre. De hecho, el número dos es el “símbolo de los personajes de oposición, de conflicto” que se da entre los personajes de esta historia y “simboliza el dualismo sobre el cual se apoya cualquier dialéctica, cualquier esfuerzo, cualquier combate” (Chevalier y Gheerbrant, 1994: 270). Asimismo, se expresa un antagonismo, una rivalidad, que tanto puede ser de odio como de amor, entre lusitanos y moros y en la pasión / amor entre la mora y el Lopes más joven.

La lucha inicial entre el bien y el mal ha permitido un cierto equilibrio que, en realidad, no ha dado la felicidad plena a causa del castigo que la mora ha debido cumplir por cambiar de amado y traicionar a su propia religión.

Otro elemento cargado de simbolismo es el que se refiere a los caballeros, los hermanos Lopes y el “caballero sin miedo” que en una noche de san Juan pasó por el puente. Los hermanos Lopes, como cristianos, estaban embebidos de un sueño y de un servicio. Así, el caballero es un servidor cuya acción se realiza por una gran causa: servir al rey y servir a Dios, ensanchar y defender los territorios del rey, pero también conquistar más almas para el reino de Dios. Desde esta perspectiva, el “símbolo del caballero se inscribe, por lo tanto, en un complejo combate y en una intención de espiritualizarlo” (Chevalier y Gheerbrant, 1994: 170). Nótese que el caballero que pasaba por el puente en esa noche de san Juan también era cristiano; en caso contrario, no se habría acordado de que la voz que venía del río “se trataba de una mora, de una persona que no estaba bautizada”, y que no le interesaba perder el alma e ir al infierno “por culpa de una persona que era enemiga de su fe”.

El número tres es otro elemento cargado de simbolismo, porque Abed le profetizó a su novia, como castigo por la traición que había cometido, quedar “encantada debajo del tercer arco del puente”. Este número presenta una importancia especial, ya que “las cosas que destruyen la fe del hombre son tres: la mentira, la imprudencia y el sarcasmo” (Chevalier y Gheerbrant, 1994: 656).

La leyenda cuenta, además, que la mora vivía en el castillo de Chavez. El castillo es otro elemento simbólico de este relato, “símbolo de la protección”, pues en los cuentos y en los sueños “da una sensación de seguridad, como la casa en general, pero una seguridad de grado elevado” (Chevalier y Gheerbrant, 1994: 168). Es curioso que la seguridad y la protección, que el castillo normalmente ofrece, dejaron de actuar cuando la mora salió para dar la limosna a Abed, el joven guerrero que, disfrazado de mendigo, apareció a la puerta del castillo.

El puente, “lugar de paso y de prueba” (Chevalier y Gheerbrant, 1994: 534), es otro elemento con una dimensión moral, ritual y religiosa. Para todos los efectos, el puente es no solo el medio de paso de una margen a otra, sino que también simboliza la unión de la tierra con el

cielo desde una perspectiva trascendente. En este contexto, el puente es un lugar de infortunio, de castigo, de encantamiento, para remediar la falta cometida, o sea, haber amado a un caballero que había destruido la vida y la pasión de Abed.

Finalmente, las noches de san Juan y el beso son los últimos elementos simbólicos sobre los cuales emitiremos algunas consideraciones. Las noches de san Juan son momento propicio para el desencantamiento de la mora, porque la noche, con su doble aspecto, puede simbolizar tanto “el de las tinieblas donde se prepara el futuro” como “el de la preparación del día, donde brotará la luz de la vida” (Chevalier y Gheerbrant, 1994: 474). Así, mientras ese caballero cristiano no aparezca y no le dé el beso, el día no despuntará en la vida de esa mora.

Es interesante señalar que, en casi todas las leyendas de moras y moros que han quedado encantados, estos tienen una predilección especial para aparecer en la noche de san Juan. Pero ocurre que, muchas veces, esta noche corresponde al solsticio de verano, o sea, es la noche más corta del año. Por lo tanto, hay menos tiempo para que la mora pueda ser desencantada, pero también menos tiempo para que alguien caiga en la tentación de salvar a la mora.

El beso, “símbolo de la unión”, desde la antigüedad asumió un significado especial. La referencia a este vocablo místico se encuentra en el texto del *Cantar de los Cantares*, pues, según la Sagrada Biblia, “algunos justos, como Moisés, fueron librados de la agonía y de la muerte, partieron de este mundo terrenal al éxtasis del beso de Dios”. Así, el beso significa la unión de un espíritu a otro, donde la boca es el órgano corporal elegido por ser punto de salida y fuente de soplo. El beso tiene por finalidad la unión de un espíritu con otro, y es por eso que “aquel cuya alma sale al besar se une a otro espíritu, a un espíritu del cual nunca más se separará” (Chevalier y Gheerbrant, 1994: 119). Abed, cuando pronunció la sentencia fatídica para su exnovia, fue muy claro al referirse al beso como forma de liberación del estado en que había caído. Así pues, el beso funciona como señal de concordia, de alianza o hasta de sumisión, en caso de que algún caballero le diese el tan anhelado beso liberador, a fin de que pudiese nacer de nuevo y a una nueva vida, porque había traicionado al primer amado.

A modo de conclusión, podemos afirmar que, además de ser una leyenda histórica, la leyenda *La mora del Puente de Chaves*, dado el simbolismo de algunos elementos narrativos, encierra una reflexión moral. El pueblo portugués siempre tuvo una admiración especial por las moras, famosas por su hermosura física, así como por la extraordinaria belleza de las historias en que intervienen, pero, principalmente, debido a la simbología que ellas representan.

Este tipo de gestas, arraigadas en la historia, en la cultura y en la fantasía, ayudan a construir los fundamentos de comportamiento respecto de algunos problemas del hombre en general. En este caso, la actitud del hombre frente a la religión y a la idea de que es posible convivir en paz con otros pueblos y razas, independientemente de la religión que profesen.

### Bibliografía citada

- CHEVALIER, Jean y Alain GHEERBRANT, 1994. *Dicionário de símbolos*. Lisboa: Teorema.
- COELHO, Nelly Novaes, 1991. *O Conto de fadas*. São Paulo: Ática.
- FERREIRA, Joaquim Alves, 1999. *Lendas e contos infantis*. Vila Real: Minerva Transmontana.
- MARQUES, Gentil, 1997. *Lendas de Portugal*. Lisboa: Círculo de Leitores.
- REIS, Carlos y Ana Cristina MACÁRIO LOPES, 2002. *Dicionário de narratologia*. Coimbra: Almedina.

\*

MESQUITA, Armindo. "La leyenda *La mora del Puente de Chaves*". *Revista de Literaturas Populares* VIII-1 (2008): 162-172.

*Resumen.* La leyenda, como forma narrativa tradicional en la que se incluyen elementos simbólicos, permite al pueblo contar los sucesos históricos significativos además de transmitir, a través del tiempo, los valores de la sociedad. Este artículo cita y estudia una leyenda de la región de Trás-

os-Montes e Alto Douro en Portugal, que trata de un puente construido en la época romana en el que habita una mora encantada.

***Abstract.** The legend is a traditional genre with symbolic elements that makes possible the narration of important historical events and the transmission of social values. This paper studies a Portuguese legend – from the region of Trás-os-Montes and Alto Douro – about a bridge built during Roman times and an enchanted Moorish girl.*

**Palabras clave:** leyendas, encantamientos; Trás-os-Montes; Portugal.